

18. La escena final

DANIEL CAPÍTULO 12.

Daniel, el hombre grandemente amado de Dios, recibió varias veces una visión de la historia del mundo; pero la última visión cubrió todo el período en detalle, y Gabriel no abandonó al profeta hasta que le hubo revelado la consumación de todas las cosas. Daniel es un profeta de los últimos días, y dio una historia del período que interviene entre su propio día y el tiempo presente, pero fue sobre los acontecimientos finales donde se puso especial énfasis. Cuatro veces en sus profecías se repite la expresión «*tiempo del fin*»; «*los últimos días*» se usa dos veces, y las expresiones «*el fin de la indignación*» y «*por muchos días*» aparecen una vez cada una; las palabras finales de Gabriel fueron: «Tú descansarás y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días» (Daniel 12:13). Así, nueve veces en el curso del libro, se llama la atención al hecho de que la profecía apuntaba directamente a la historia final de este mundo.

Cuando comenzó la última visión, el profeta estaba junto al río Tigris. Era el tercer año del único reinado de Ciro, el persa. Comenzando con los tiempos en que él vivió, Gabriel condujo al profeta a través de la historia de Persia; extendió ante su visión las conquistas de Alejandro y la división de su imperio; vio el funcionamiento de la literatura y el arte griegos, y observó cómo esta influencia se extendía a Italia, moldeando allí el cuarto reino y, finalmente, mezclándose con la verdad de tal manera que formó el papado. Daniel vio al anticristo sostenido por las armas en el trono de Roma; fue llevado a través de la Edad Media; observó, y he aquí, la oscuridad se dispersó ante la verdad proclamada por los Reformadores. Como un claro repentino después de una tormenta, las nubes retrocedieron y el Sol de Justicia brilló; pero nuevamente la oscuridad se acumuló, y Francia, aquella nación de Europa que fue un campo de batalla donde el protestantismo contendió con el papado, casi dejó de existir, tan amarga fue la lucha entre los principios de la verdad y el error.

La existencia misma de Dios fue negada, y por un tiempo la ruina eterna colgó como un sudario sobre aquel país. La ira de Dios fue contenida, pero así como una persona afectada por alguna enfermedad repulsiva puede vivir, pero llevar siempre en su cuerpo los efectos de la enfermedad, así Francia, al salir de la lucha, todavía está marcada por la espantosa magnitud de su pecado. El guía profético llevó al profeta aún más lejos, y reveló el conflicto entre las naciones modernas; vio la lucha final entre el norte y el sur, y señaló a Constantinopla como el asiento de la contención en los últimos días. Las naciones deberían volver su mirada hacia los actuales ocupantes de esa ciudad y esperar pacientemente la retirada del turco a la «*tierra gloriosa*». Porque «llegará a su fin y no tendrá quien le ayude» (Daniel 11:45).

El profeta había observado con intenso interés al pueblo sobre el cual había brillado la luz del cielo. Desde Babilonia hasta el fin del tiempo, una corriente dorada conectaba el cielo y la tierra, como si los cielos estuvieran abiertos y la paloma de la paz descendiera. A veces la corriente se estrechaba hasta convertirse en una mera línea de luz, pero nunca se extinguió por completo; luego el profeta la vio ensancharse hasta que iluminó el mundo entero.

Esa luz siguió a los judíos durante cientos de años, pero en los días previos al nacimiento del Salvador solo unas pocas almas unían la tierra y el cielo. Con la venida de Cristo, un torrente de luz llenó la tierra, pero de nuevo la oscuridad casi cubrió la faz del sol. Las corrientes de luz eran numerosas a medida que los cristianos se dispersaban por toda la tierra, pero gradualmente, mientras el profeta las seguía en visión, se fueron atenuando cada vez más. En los días de Lutero y los Reformadores, la corriente se ensanchó, y de nuevo la luz brilló como relámpagos, traspasando la oscuridad. Pero los días de claro resplandor fueron comparativamente pocos.

El cierre del período profético de 2300 días llevó a los hombres a cambios importantes en el santuario celestial. Durante todo el tiempo, Cristo había intercedido por su pueblo, y ya fueran muchos o pocos, su amor siempre fue el mismo. Finalmente, el gran Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo. A

Daniel se le había revelado la escena del juicio investigador. Había visto al Hijo acercarse al Anciano de Días; los libros del cielo fueron abiertos y los registros examinados. Una y otra vez las manos traspasadas por los clavos se habían levantado ante el gran Juez, a medida que se leía el nombre de alguna alma arrepentida, y el Intercesor había clamado: «*iPerdón, Padre! ¡Mi sangre! ¡Mi sangre!*», y el carácter marcado por la cicatriz, el registro estropeado, fue cubierto por la vida del Hijo del Hombre. Daniel había visto esto. Él sabía que el pueblo de Dios debía pasar revista ante el Juez de los mundos, pero al final de la última visión se presenta otra escena.

Mientras los hombres observan los movimientos de las naciones; mientras claman: «*Paz y seguridad*», y aun así se preparan para la guerra, Daniel ve al ángel de Dios pasar por la tierra y colocar un sello en las frentes de aquellos a quienes se extienden estos rayos celestiales. Mientras el ángel encuentra a cualquiera de estos fieles, Cristo sigue intercediendo, pero al fin el mensajero vuela hacia el cielo. Por todo el vasto reino de Jehová resuena el sonido: «*¡Hecho está!*» (Apocalipsis 16:17), y Cristo, desde el santuario interior, se levanta y proclama: «*¡Hecho está!*». Se despoja de sus vestiduras sacerdotales y se prepara para poner en orden su reino.

Su obra mediadora ha terminado; la puerta de donde han emanado esos rayos de luz y misericordia está cerrada para siempre. Aquellos que han sido sellados deben ahora permanecer enteramente por la fe, aferrándose solo a Dios durante un «*tiempo de angustia cual nunca fue desde que hubo nación*» (Daniel 12:1).

Daniel había visto a los hombres pasar por pruebas. Había visto a Israel probado, y a hombres de todas las edades que fueron fieles a Dios probados en el punto de la fe, pero en todas las instancias anteriores la prueba había sido aligerada por un mediador. Ahora no hay intercesor, y el hombre está solo. La misericordia ya no lo protege. Es otra noche en Getsemaní, otro día de Calvario.

De nuevo se pronuncian las palabras, no por un hombre solitario, sino por multitudes: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*» (Mateo

27:46). Las gotas de sudor de sangre ruedan de otras frentes; la corona de espinas puede ser apretada sin consideración en muchas sienes; los clavos del Calvario pueden ser clavados sin dolor añadido. La carga de la introspección es grande entre los pocos fieles, al recordar que un pecado no confesado significa muerte. La madre de los hijos de Zebedeo pidió para sus hijos un lugar a la derecha y a la izquierda del Rey en su trono. El Salvador dijo que ese lugar pertenecía a aquel que bebiera del vaso que Él mismo debía beber. Ese es el vaso que es apurado hasta las amargas heces por el pueblo remanente en el tiempo de angustia, porque ellos son los que ocuparán la posición mencionada por la madre de Jacobo y Juan.

Los fieles seguidores sellados no son los únicos que saben que la gracia ha terminado, pues sobre los impíos está cayendo la séptima plaga, y de ella nadie escapa. El tiempo de angustia para los impíos será terrible, porque beberán hasta las heces la copa de la ira de Dios. «Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra» (Salmos 91:7), pero los justos no sentirán los efectos de la plaga. Las montañas temblarán y las islas huirán. Entonces es cuando el sepulcro entrega parte de sus muertos. En la resurrección de Cristo, una multitud de todas las edades salió de sus tumbas; fueron vistos en Jerusalén, y presentados por Jesús como una ofrenda mecida a su regreso al cielo.

Así, justo antes de su segunda venida, la tierra entrega a algunos de los que han dormido en su seno. Aquellos que traspasaron a Cristo cuando colgaba de la cruz, aquellos que se burlaron y lo escarnecieron durante su juicio, se levantarán para verlo mientras Él viene triunfante con la hueste del cielo. Asimismo, aquellos que, bajo el último mensaje, han dormido en Jesús, saldrán a recibir a Aquel a quien esperaron y por quien vivieron. Estos saldrán a vida eterna, pero la primera clase será muerta por el resplandor de su venida.

Las vestiduras reales son puestas, y el Salvador se prepara para reunir a su pueblo. Por todo el cielo prosigue la preparación. Los ángeles se apresuran de un lado a otro, y los habitantes de los mundos no caídos observan con anhelo. A medida que la compañía se forma para acompañar al Rey, la ley de Dios, los diez

mandamientos, el fundamento de su trono, es colgada en el cielo a la vista de las multitudes asombradas de la tierra. «Ha manifestado abiertamente su justicia a la vista de las naciones» (Salmos 98:2). Hombres que se han burlado y escarnecido de quienes obedecieron esta ley, ahora la ven escrita en los cielos.

De nuevo el arco iris más brillante se pinta en las nubes amenazantes que cubren la tierra. La misericordia y la justicia se mezclaron en todos los tratos de Dios con los hombres hasta que estos se apartaron completamente de Él. Para la compañía que espera, esto es una renovación del pacto eterno hecho a los padres de que la herencia pertenecería a los fieles. Una y otra vez ese mismo símbolo del pacto eterno ha sido colgado en el cielo, pero los hombres no han oído la voz de Jehová cuando habló en el arco. «Los cielos cuentan la gloria de Dios» (Salmos 19:1), pero aunque los científicos han estudiado soles, planetas y sistemas, han fallado en ver que en todos ellos Dios ha representado la organización de su iglesia y la historia de su amor al hombre.

Desde la creación del mundo, el mismo orden y arreglo de las estrellas han contado el plan de redención, pero el hombre, desprovisto del espíritu de verdad, no puede entender el alfabeto de la bóveda celestial; y aunque la historia se ha repetido noche tras noche, ha fallado en ver la ley de Dios en el firmamento.

Jehová hoy nos señala las estrellas para que aprendamos la lección dada a Abraham cuando lo llamó a la puerta de su tienda y trazó la promesa del Salvador en el cielo. La Estrella se levantó sobre Israel, y los magos de Oriente, inspirados por Dios, supieron que era la estrella de Cristo. Los hombres, usando la habilidad dada por Dios, han inventado maravillosos instrumentos para escudriñar los cielos, y Dios ha alentado el esfuerzo con la esperanza de que llevara a una comprensión de la historia divina escrita allí; pero solo muy pocos han visto u oído la lección espiritual que se enseñó.

Así como cada sol está rodeado por los mundos de su sistema, así cada maestro de justicia salvado en el reino de Dios estará rodeado por aquellos salvados por sus esfuerzos, y así como cada grupo de cuerpos celestes con sus

soles gira alrededor de un punto en los cielos, así todos los redimidos se reunirán alrededor de Cristo, el Salvador de la humanidad.

Daniel observó mientras Gabriel avanzaba, y vio los cielos apartarse como un rollo; vio el sol irrumpir en toda su gloria a medianoche, un heraldo del Sol de Justicia. Oyó la voz del trompetista mientras el sonido resonaba por toda la tierra; vio a los muertos justos salir en respuesta al llamado del Dios del cielo. Salen glorificados; el poder del sepulcro está roto; el sepulcro no puede retenerlos. Toda la tierra resuena con un poderoso grito de triunfo mientras se levantan para encontrarse con el Señor en el aire. Multitudes desde los días de Adán hasta el fin del tiempo se mezclan con aquella pequeña compañía que en la tierra estaba esperando y velando su aparición. Juntos pasan hacia las puertas del cielo. La guardia avanzada abre las puertas de perlas, y de nuevo el coro angelical entona el maravilloso aleluya que se cantó cuando Cristo regresó con la pequeña compañía el día de su ascensión.

Desde afuera vienen las palabras: «Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria» (Salmos 24:7). Desde dentro resuena el desafío: «¿Quién es este Rey de gloria?» (Salmos 24:8).

La hueste acompañante responde:—

«Jehová, fuerte y valiente; Jehová, potente en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas; y entrará el Rey de gloria.»

«Y miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte Sion, y con él los ciento cuarenta y cuatro mil.» En un cuadro hueco, delante del trono, se agrupan aquellos que vivían cuando el Hijo del Hombre vino en poder. Al ver al Cordero inmolado desde la fundación del mundo, un cántico de triunfo brota de sus labios. Resuenan los arcos del cielo y, maravilla de maravillas, aquellos cuyas experiencias han parecido tan variadas, aquellos que han sido separados, aplastados, degradados, sobre quienes el pecado una vez puso su terrible mano, encuentran que sus voces se mezclan en perfecta armonía, y el cántico que

entonan es de tal patetismo, de tal profundidad de gozo y gratitud, que nadie más puede unirse a ellos. La alabanza resuena por todo el cielo. La imagen y el carácter de Cristo son perfectamente reflejados por esta compañía. Desde las más profundas simas del pecado han sido elevados al pináculo del cielo, cada uno, como una piedra en la corona del Maestro, reflejando Su carácter en algún ángulo determinado. Los ciento cuarenta y cuatro mil juntos completan el círculo de la perfección.

Además de esta compañía, que actúa de ahora en adelante como la guardia personal del Rey, ocupando el lugar que había estado vacante desde la caída de Satanás y sus ángeles, se vio otra compañía compuesta por mártires y por aquellos que habían sido arrebatados del abismo de la ruina. Y de nuevo se ve una multitud innumerable que nadie podía contar, representando a cada nación, tribu y lengua.

El número que habría poblado la tierra si el pecado nunca hubiera entrado, está reunido alrededor del Padre y del Hijo. Cristo los mira, y a pesar del recuerdo de la caída, y del dolor y la aflicción que costó el plan de salvación, cuando ve la aflicción de su alma, queda satisfecho. En medio de Su iglesia redimida, el Salvador prorrumpe en cánticos. El pensamiento del pecado y la tristeza es borrado. De las marcas de los clavos en Sus manos brotan haces de luz que son «*el escondrijo de Su poder*». El cielo se inclina en adoración, porque la victoria ha sido ganada.

Entonces Daniel ve interpretado el lenguaje de los cielos. El universo está compuesto de soles, muchos de ellos más poderosos que el nuestro, y cada sol es el centro de un sistema planetario. Cada planeta está acompañado por sus satélites, un vasto círculo dentro de un círculo, moviéndose en perfecto orden, realizando su revolución en su tiempo asignado, haciendo, para el oído de Jehová, la música de las esferas. La inmensidad del espacio está llena de universos, y todos giran alrededor del trono de Dios; todos son mantenidos en sus órbitas por rayos de poder de Su trono de vida; cada uno brilla con una luz

reflejada de Aquel que es la fuente de vida; cada uno es guiado en su camino por el ojo de Aquel que se sienta en el trono.

Este es el modelo del orden de Dios para Su iglesia en la tierra. El orden perfecto de los cuerpos celestes es un patrón para la organización familiar y eclesiástica. Cada pequeña compañía debe brillar como una estrella. Dios mira con agrado a los grupos de adoradores mientras se mueven en perfecto orden, cada uno sometándose a la influencia de los poderes superiores. Así como es el poder de Dios en el sol lo que mantiene a la tierra en su curso, así Su poder, obrando a través de las organizaciones más elevadas en la tierra, controla a aquellas de menor poder. En la familia, los hijos deben obedecer a los padres, y los padres deben obedecer a Dios, así como la tierra sigue al sol, y el sol gira alrededor de su centro: el trono de Dios.

«Los sabios entenderán.» (Daniel 12:10)

La perfección de este sistema caracterizará a la última iglesia, que habrá desarrollado el carácter que se buscaba en el antiguo Israel. El pueblo de Dios es un pueblo peculiar, y sus peculiaridades se derivan de las virtudes de Cristo, que ellos reflejan; esto los capacita para convertirse en un sacerdocio real. Al ángel le dijo a Daniel: «*Los entendidos [margen] resplandecerán como el resplandor del firmamento.*» Y así el profeta tuvo el privilegio de ver una nación o compañía de maestros entre los salvados, que llevaron adelante la obra que su propia raza podría haber hecho. Así como Cristo fue un maestro que habló con una autoridad a la que nadie podía resistir, así la iglesia remanente será maestra en virtud de la vida de Cristo dentro de ellos.

Fue una imagen hermosa, esa última escena que se presentó ante los ojos de Daniel. Tantas veces la desilusión había sido el resultado cuando el principio parecía tan prometedor, pero al final es un triunfo glorioso. Aquellos que son tomados de las profundidades del pecado brillarán como las estrellas en el firmamento.

«*Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin.*»
En ese tiempo «*muchos correrán de un lado a otro, y el conocimiento aumentará.*»

La porción de tiempo conocida como «*el tiempo del fin*» está tan claramente marcada como cualquier otro período profético. A su comienzo, la mano de opresión fue quitada de la ley de Dios, que había sido cambiada, y que, en el lenguaje de Apocalipsis, había profetizado vestida de cilicio. Al mismo tiempo, la persecución de los santos había terminado. La libertad civil y religiosa se presentaba plenamente desarrollada ante el mundo, y Gabriel, viendo la libertad concedida al hombre, explicó los efectos diciendo: «*Muchos correrán de un lado a otro, y el conocimiento aumentará.*»

Los hombres que viven hoy ven el cumplimiento de las palabras del ángel. Miles de millas de vías férreas recorren el globo, haciendo posible que los mensajeros de la verdad pasen rápidamente de un lugar a otro. El océano, antes una barrera casi infranqueable entre continentes, ahora se cruza en pocos días. La imprenta envía diariamente miles de toneladas de material, para que el evangelio eterno pueda ser esparcido como hojas de otoño a cada nación sobre la faz de la tierra. La multitud de inventos también asombra al mundo. Cada día es testigo del nacimiento de alguna nueva comodidad. «*Los hombres han buscado muchas invenciones,*» y aún la obra continúa. Dios lo permite, para que Su verdad pueda ser difundida con rapidez, porque antes de Su venida cada nación, tribu, lengua y pueblo debe escuchar el mensaje de advertencia.

El aumento del conocimiento de la generación actual es maravilloso más allá de toda descripción. No queda ningún reino de la ciencia sin explorar. Esto es para que el hombre pueda ser llevado a ver las maravillas de la creación, y así desear saber más del Creador. Así como el cierre de la Biblia al comienzo de los mil doscientos sesenta años trajo oscuridad, intelectual y moral, así la apertura de la Palabra de Dios ha llevado al progreso intelectual y moral. De ciudad en ciudad los mensajes vuelan en alas más veloces que las palomas mensajeras, mientras

que a través de las misteriosas profundidades del viejo océano pasan las palabras del hombre, desapercibidas por las miríadas que pueblan las cavernas oceánicas.

Mientras el hombre observa con asombro, los ángeles observan con intenso interés para ver si el hombre cooperará con ellos en el uso de estas vastas facilidades para hacer avanzar el evangelio en la tierra.

Dios, desde el principio de la historia de la tierra, ha ofrecido vida a aquella nación que hiciera de Su Palabra la base de su educación. Los judíos se perdieron como nación debido a su fracaso en educar a sus hijos de acuerdo con sus sagradas verdades; y cuando la iglesia cristiana heredó las promesas hechas a los israelitas, fue bajo la misma condición de que debían enseñar a sus hijos todos los estatutos de Jehová.

«Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin; muchos correrán de un lado a otro, y el conocimiento aumentará.» (Daniel 12:4)

El tiempo del fin es el período durante el cual se desarrollará el pueblo remanente. Un gran medio para su educación será un retorno a los verdaderos principios de la educación.

Así como la educación cristiana y la vida sana se revelan en el primer atisbo que se da del profeta Daniel y su obra, así, cuando está a punto de concluir su carrera terrenal, al contemplar los últimos días de la historia de la tierra, el mensajero especial de Cristo le señala a un pueblo que es fiel a esos mismos principios fundamentales. Las personas que pasen con seguridad por el tiempo de angustia, que cierra este último período profético, serán fortalecidas físicamente por una estricta obediencia por fe a todas las leyes del hombre físico. Y mentalmente serán fortalecidas por una educación de fe que separa a cada familia de la cultura de Egipto, Babilonia y Grecia, y en su lugar vuelve los corazones de los padres hacia sus hijos, uniéndolos a todos en el amor de Cristo.

El tiempo del fin, el período en que vivimos ahora, es un tiempo en que el conocimiento aumentará; y así como los sabios mundanos confían cada vez más en su propia sabiduría, los fieles seguidores de Dios se separarán completamente

de la educación mundana. Ahora es el momento para que los verdaderamente sabios brillen como las estrellas cuya luz se hace más evidente a medida que la oscuridad de la iniquidad se profundiza. Es evidente que toda la atención de Daniel se había centrado en los acontecimientos que Gabriel, el historiador de Dios, había relatado; y cuando se le dio el triunfo final de la verdad, se mostró que Cristo mismo estaba cerca del profeta, y que los ángeles del cielo también escuchaban el registro de los acontecimientos.

Tan estrechamente unidos a la tierra están estos seres celestiales, y tan fuertes son los lazos que unen sus corazones e intereses al hombre, que cuando Gabriel cesó de hablar, un ángel llamó a Cristo, quien fue visto de nuevo sobre las aguas del arroyo del tiempo: «*¿Hasta cuándo será el fin de estas maravillas?*» Esa fue la pregunta del ángel, y Cristo mismo dio la respuesta. Alzando Su mano derecha y Su izquierda al cielo, «*juró por el que vive por los siglos de los siglos, que será por un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo.*»

Los ángeles han esperado seis mil años la culminación del plan; han observado generación tras generación para que el número final se complete, y han visto pasar siglo tras siglo, y aún los habitantes de la tierra se demoran. ¿Qué maravilla es que cuando el fin se da a conocer, exclamen: «*¿Hasta cuándo será el fin?*»?

Daniel había escuchado este mismo período mencionado por Gabriel, y ahora fue repetido por Cristo, pero Él dice: «*Yo oí, mas no entendí.*» El corazón del profeta estaba apesadumbrado mientras seguía la historia de las naciones hasta el fin del tiempo; y temiendo que aún se le dejara en duda en cuanto al tiempo del cumplimiento de todo lo que había visto, como Jacob que, en su noche de lucha, se aferró al ángel, suplicó: «*¡Oh, Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?!*» Ninguna petición hecha hasta entonces por este hombre de Dios había pasado sin respuesta. Ni tampoco se le dejó ahora en ignorancia del tiempo.

Gabriel respondió la pregunta ferviente en tonos tiernos. Dijo: «*Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin;*» y

entonces se vio que *«hasta el tiempo del fin»* significaba lo mismo que *«un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo,»* al final de cuyo período cesaría la gran persecución.

Este período profético de mil doscientos sesenta años comenzó en 538; la ley de Dios fue cambiada, y el Sábado del Decálogo fue pisoteado por los hombres. Tanto la ley de Dios como los santos de Dios estuvieron atados por *«un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo»* por el poder que se exalta a sí mismo por encima de Jehová, según se describe en (Daniel 7:25). La persecución tendió solo a dispersar el poder del pueblo santo; y en el tiempo del fin tanto la ley de Dios como el pueblo fueron restaurados. El *«tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo»* terminó en 1798. Desde ese tiempo la Palabra de Dios ha sido libremente circulada entre la gente. Las profecías han sido estudiadas, el mensaje del juicio del capítulo catorce de Apocalipsis ha sido proclamado, y en 1844, al finalizar los dos mil trescientos días, la luz brilló desde el santuario de arriba, revelando el verdadero Sábado del Señor.

A medida que el conocimiento ha aumentado, las maravillosas verdades para el tiempo del fin se han extendido de país en país, preparando el camino para la venida del Hijo del Hombre.

Para que los dos períodos proféticos que tanto habían desconcertado la mente del profeta pudieran ser comprendidos más perfectamente, Gabriel dijo: *«Desde el tiempo en que sea quitado el sacrificio continuo,»* es decir, desde el 508 d.C., *«habrá mil doscientos noventa días»* hasta el tiempo del fin, 1798. Y de nuevo, *«Bienaventurado el que espere, y llegue hasta mil trescientos treinta y cinco días.»* Hay entonces una bendición pronunciada sobre aquellos que viven en 1843 (508 + 1335 = 1843), porque el sello ha sido quitado de las profecías, y estas son comprendidas. Ciertamente es que *«muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados»*, y que algunos no entenderán, pero eso no refuta las profecías, porque *«los sabios entenderán.»* En el tiempo en que todos puedan entender, algunos insistirán en que el libro de Daniel es *aún un libro sellado*. Las palabras

de Cristo y Gabriel testifican contra todos ellos. «*El que lee, entienda.*» «*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.*»

La historia del mundo estaba escrita. Su profecía permanecería hasta el fin. Durmió con sus padres, después de más de setenta años de fiel servicio en las cortes de Babilonia y Susa. Los hombres no hallaron en él falta alguna, excepto en lo que concernía a la ley de su Dios, y Jehová lo llamó «*varón muy amado.*»

En los últimos días él se levanta en su porción como profeta, y las cosas que le fueron reveladas, junto con la Revelación dada a Juan en Patmos, y las advertencias enviadas por Dios a través del espíritu de profecía en la iglesia remanente, guiarán a la fiel compañía de creyentes a través del tiempo de angustia, y los prepararán para la aparición de Cristo en las nubes del cielo.